

## Prólogo

*Toscana, 1966*

Delante de la imponente verja negra de Villa La Magdalena la niña miraba el camino. Atravesaba los jardines una larga avenida de cipreses, coronada a lo lejos por el atisbo cautivador de un *palazzo* amarillo claro. Se erguía La Magdalena con la dignidad y el empaque de una gran emperatriz. Con sus altas ventanas, sus elegantes postigos de color verde aguamarina, su fachada coronada por una balaustrada ornamental y sus paredes resplandecientes como la seda, la villa pertenecía a un mundo tan encantador e inaccesible como el de los cuentos de hadas.

El sol radiante de la Toscana arrojaba negras sombras sobre el camino, y la chiquilla olía los aromas dulces del jardín que saturaban el aire elevados por el calor. Llevaba puestas sus sandalias y su raído vestido de verano, y el largo cabello castaño, deslustrado por el polvo y el agua del mar, le caía por la espalda y sobre los ojos, que eran oscuros, atormentados y llenos de anhelo. De su cuello colgaba la medalla de la Virgen María que le había regalado su madre antes de marcharse, llevándose consigo a su hermano pequeño, con un hombre al que había conocido en el puesto de tomates de Piazza Laconda.

La niña venía a menudo a La Magdalena. Le gustaba subirse a la tapia aprovechando que una parte se había desmoronado y era lo bastante baja para que trepara por ella. Se sentaba en lo alto a contemplar los bellos jardines con sus fuentes de piedra, sus gráciles pinos y sus estatuas de mármol de damas elegantes y hombres semidesnudos, entrelazados en teatrales escorzos de amor y deseo. Le gustaba imaginar que era ella quien vivía allí rodeada de tan glorioso esplendor: una señorita con lujosos vestidos y zapatos bruñidos, mimada por una madre que le trenzaba el pelo con cintas y por un padre que la agasajaba con regalos

y la lanzaba al aire para después cogerla en sus fuertes y protectores brazos. Venía a La Magdalena para olvidarse de su padre borracho y del pisito de Via Roma que tanto se esforzaba por mantener limpio.

Se agarró a la verja con sus manitas y metió la cara entre los barrotes para ver mejor al chico que ahora caminaba hacia ella acompañado por un perro mestizo. Sabía que iba a decirle que se fuera, y quería echar un buen vistazo primero, antes de regresar a la carrera por el camino que llevaba serpeando hasta la playa.

Era un chico guapo, mucho mayor que ella, con el pelo rubio peinado hacia atrás para despejar la frente y un rostro amable. La miraba con ojos claros y risueños y, al observarlos más de cerca, ella pudo ver que eran verdes. Permaneció en su sitio, retándose a sí misma a quedarse allí hasta el último momento. Agarrada a los barrotes, encajó la mandíbula con decisión, pero la sonrisa del chico la desarmó. No parecía la expresión de una persona que estuviera a punto de echarla a patadas. Se metió las manos en los bolsillos y la examinó a través de la verja.

—Hola.

Ella no dijo nada. Su cabeza le decía que huyera, pero sus piernas no obedecían. Siguió mirándolo, incapaz de apartar los ojos.

—¿Quieres entrar?

Su invitación la pilló desprevenida y se enderezó, recelosa.

—Está claro que tienes curiosidad.

—Sólo pasaba por aquí —contestó.

—Así que sabes hablar.

—Claro que sé hablar.

—Al principio no estaba seguro. Parecías tan asustada...

—No me asustas tú, si te refieres a eso.

—Mejor.

—Sólo iba camino de otro sitio.

—Tiene gracia, porque aquí estamos muy aislados.

—Ya lo sé. Estaba en la playa. —Lo cual, al menos, era cierto.

—Entonces, ¿sólo has venido a echar un vistazo?

—Esto es tan bonito que me ha llamado la atención.

Se le iluminó la cara al mencionar la villa y sus ojos erraron anhelantes por la avenida.

—Entonces pasa y te enseño los jardines. Mi familia no está, así que estoy solo. Será agradable tener a alguien con quien hablar.

—No sé... —Sus ojos se ensombrecieron de nuevo, pero él abrió la verja.

—No tengas miedo. No voy a hacerte daño.

—No tengo miedo —repuso ella—. Sé valerme sola, ¿sabes?

—Seguro que sí.

Entró y él cerró la verja a su espalda. Al ver que echaba la llave le dio un vuelco el corazón, pero un instante después, cuando la villa atrajo de nuevo su mirada, se olvidó de sus temores.

—¿Vives aquí?

—Todo el tiempo no. Vivo casi siempre en Milán, pero veraneamos aquí todos los años.

—Entonces te habré visto.

—¿En serio?

Su emoción por estar dentro de la finca le dio valor.

—Sí, espío desde la tapia.

—Eres un diablillo.

—Me gusta mirar los jardines. La gente no me interesa tanto.

Echó a andar a su lado con el corazón hinchido de placer.

—¿De verdad es tuyo todo esto?

—Bueno, de mi padre.

—Si ésta es tu casa de verano, la de Milán debe de ser como la de un rey.

El chico se rió echando la cabeza hacia atrás.

—Es grande, pero no tanto como para un rey. Ésta es más grande. En el campo hay más sitio.

—Es antigua, ¿verdad?

—Del siglo quince. La mandó construir la familia Médici y la diseñó Leon Battista Alberti en 1452. ¿Sabes quién era?

—Claro que sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y diez meses. Mi cumpleaños es en agosto. Supongo que lo celebraré con una gran fiesta.

—Seguro que sí.

Ella se miró los pies. Nunca había tenido una fiesta. Y ahora que se había ido su madre, nadie se acordaría de su cumpleaños.

—¿Cómo se llama tu perro?

—*Buenas Noches*.

—Qué nombre tan raro.

—Era callejero, me lo encontré en la carretera en plena noche. Enseguida nos hicimos amigos, así que le puse *Buenas Noches* porque fue una buena noche, por haberlo encontrado.

Ella se inclinó para acariciar al perro.

—¿De qué raza es?

—No sé. Una mezcla de un montón de razas distintas.

—Es muy bonito. —Soltó una risita cuando el animal le lamió la cara—. ¡Hala! ¡Quieto, perrito!

—Le gustas.

—Ya lo sé. Siempre les gusto a los animales perdidos.

*Porque tú también pareces un animalillo perdido*, pensó él mientras la veía rodear el cuello de *Buenas Noches* con los brazos y apoyar la cabeza en su pelaje.

—He hecho un amigo —dijo ella con una sonrisa triunfante.

Su alegría hizo reír al chico.

—No, has hecho dos. Vamos.

Recorrieron la avenida todo lo larga que era, el uno al lado del otro. La confianza de la niña fue creciendo con cada paso que daba. El chico le habló de la arquitectura de la casa, haciendo alarde de sus conocimientos, y ella escuchó embelesada cada detalle y procuró recordarlos en orden para contárselo luego a su amiga Costanza. La villa era aún más grande de lo que pensaba. Sólo había visto la parte central entre los árboles del final de la avenida. Tenía otras dos alas no tan altas como el cuerpo central, pero igual de anchas. Sencilla y de proporciones clásicas, poseía una discreta grandeza, y la pintura amarilla le daba un alegre aire de complacencia, como si supiera que no necesitaba esforzarse por ser hermosa. La niña ansiaba entrar, recorrer sus habitaciones y contemplar los cuadros que colgaban de las paredes. Estaba segura de que por dentro era aún más maravillosa que por fuera. Pero el chico la llevó a la parte de atrás, donde una ancha escalinata de pie-

dra bajaba desde la villa a un ordenado jardín con estatuas, arbustos recortados plantados en tiestos de terracota y altos pinos. Era como si hubiera muerto y estuviera de pronto paseando por el paraíso, porque sin duda sólo el Cielo podía ser tan hermoso como aquello.

El chico la condujo por una pequeña puerta que había en la tapia, hasta un bonito jardín ornamental delimitado por una columnata redonda. El centro lo ocupaba una espléndida fuente con sirenas que arrojaban agua al aire. Un camino plantado al azar con tomillo rodeaba la fuente, y en los cuatro costados había bonitos bancos de hierro pegados a los setos bajos que encuadraban cuatro rectángulos de hierba segada con esmero y varios parterres de flores. Tardó un rato en mirarlo todo, con las manos en el pecho como si se agarrara el corazón porque nunca antes había visto tanto esplendor.

—Éste es el jardín de mi madre —le explicó él—. Quería un sitio donde pudiera leer en privado sin que nadie la viera. —Le guiñó un ojo y se rió otra vez—. Tendrías que ser una espía consumada para entrar aquí.

—Seguro que tu madre es muy guapa —comentó ella, pensando en la suya e intentando recordar cómo era.

—Supongo que sí. La verdad es que uno no piensa en su madre así.

—¿Dónde lee?

—Creo que seguramente se sienta en uno de estos bancos, junto a la fuente. No sé. Nunca me he molestado en fijarme. —Se alejó, contagiado de repente por el embeleso de la niña—. ¿Verdad que es muy bonito?

—Imagínate sentarte aquí al sol, escuchando el goteo del agua y viendo bañarse a los pájaros.

—Es muy tranquilo.

—Me encantan los pájaros. Apuesto a que aquí tenéis muchos. Seguramente distintos a los que tenemos en el pueblo.

Él se rió incrédulo.

—Creo que hay los de siempre, los mismos que tenéis en Herba.

—No, seguro que los de aquí son especiales. —Parecía tan convencida que él miró a su alrededor, esperando a medias ver loros en los pinos—. ¿Tú nunca vienes a sentarte aquí?

—No.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Qué iba hacer aquí?

—Bueno, hay muchas cosas que mirar. Yo podría estarme horas aquí sentada, hasta días enteros. Podría quedarme aquí sentada para siempre y no me darían ganas de marcharme. —Se sentó en un banco con cuidado, como si fuera un objeto sagrado que temiera romper. Una vez sentada, miró el agua y se imaginó cómo sería tener un jardín propio donde poder disfrutar de la luz cambiante, de la mañana a la noche—. Dios está aquí —dijo en voz baja, y sintió que un extraño asombro recorría su piel como el cálido aliento de un ángel.

El chico se sentó a su lado, estiró las piernas y puso las manos detrás de la cabeza.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Le siento.

Estuvieron allí sentados largo rato, escuchando la brisa entre los cipreses y a las palomas que zureaban apaciblemente en el tejado de la villa. *Buenas Noches* olfateó los arriates y levantó la pata junto al seto.

—Éste es el mejor día de mi vida —dijo la niña pasado un rato—. Creo que nunca he sido tan feliz.

El chico la miró con curiosidad. Una sonrisa tierna se dibujó en sus labios.

—¿Cómo te llamas, *piccolina*?

Lo miró con ojos llenos de gratitud y confianza.

—Floriana —respondió—. ¿Y tú?

De algún modo ambos sabían que decirse sus nombres significaba algo. Él titubeó, mirándola a los ojos, que tenían ahora una expresión franca y despreocupada. Le tendió la mano. Ella la aceptó, indecisa. La suya parecía pequeña y oscura comparada con la mano pálida de él.

—Dante Alberto Massimo —dijo con suavidad—. Pero puedes llamarme Dante.

# 1

*Devon, 2009*

SE NECESITA PINTOR PARA  
PASAR EL VERANO DANDO CLASES  
DE PINTURA A LOS HUÉSPEDES  
DEL HOTEL POLZANZE, DEVON.  
ALOJAMIENTO Y PENSIÓN COMPLETA.  
TELÉFONO: 07972 859 301

El Morris Minor bajaba traqueteando por la estrecha callejuela, camino del pueblo de Shelton. Flores blancas de perifollo silvestre y nomeolvides festoneaban los setos altos y frondosos. Una bandada de gorriones echó a volar hacia un cielo surcado de nubes deshilachadas que un viento salobre empujaba hacia el interior. El coche, que avanzaba con cautela, se arrimó a la cuneta para esquivar a un camión que venía de frente, y siguió luego atravesando el pintoresco villorrio de casitas encaladas, cuyos tejados grises brillaban como oro al resplandor impetuoso del alba.

Ocupaba el centro de Shelton una iglesia de piedra gris cobijada entre un grupo de magníficos plataneros, bajo los cuales un sinuoso gato negro caminaba con ligereza por la tapia, de vuelta a casa tras una fructífera noche de caza. Al final del pueblo, donde la calle torcía bruscamente a la izquierda antes de descender hacia el mar, un par de imponentes puertas de hierro daban acceso a un camino angosto que, describiendo una elegante curva, discurría entre bancales de rododendros en flor. El coche tomó el desvío y, dejando atrás las gruesas flores rosas, avanzó hacia la mansión de piedra gris que, al final del camino, se erguía en espléndido aislamiento de cara al mar.

El hotel Polzanze era una mansión de proporciones armoniosas que el duque de Somerland había mandado construir en 1814 para su caprichosa y asmática esposa, Alice, a la que le sentaba bien el aire del mar. El duque hizo demoler el edificio original, un feo montón de ladrillos que databa del siglo XVI, y diseñó la nueva casa con ayuda de su mujer, la cual no sólo tenía talento, sino que sabía muy bien lo que quería. El resultado fue una mansión que por dentro parecía una espaciosa casa de campo, con paredes forradas de paneles de madera, papel pintado de flores, chimeneas y grandes ventanas de tracería que daban al prado y, más allá, al mar.

La duquesa adoraba su jardín y pasaba los veranos cultivando rosas, plantando árboles exóticos y diseñando un intrincado laberinto de veredas a través del frondoso parque. Construyó delante de su despacho un pequeño huerto donde sus hijos podían plantar verduras y flores, y lo rodeó de un acueducto en miniatura para que pusieran a flotar sus barcos mientras ella escribía sus cartas. Enamorada de Italia, decoró su terraza con pesados maceteros de terracota con lavanda y romero y plantó en el invernadero parras que hizo trepar por espalderas de modo que las uvas colgaran del techo en racimos polvorientos.

Sus descendientes habían cambiado pocas cosas y mejorado muchas otras, acrecentando la belleza del lugar conforme a sus propios gustos y su extravagancia, hasta que, a principios de la década de 1990, llegaron malos tiempos y se vieron obligados a vender la casa. La mansión Polzanze había sido convertida en un hotel, lo que a Alice le habría roto el corazón si hubiera vivido para verlo. Su legado, sin embargo, pervivía, al igual que gran parte del papel pintado a mano original, decorado con pájaros y mariposas. Del cedro que resguardaba el ala este se decía que tenía más de quinientos años, y la finca estaba provista de un antiguo huerto tapiado, construido mucho antes de que viniera la duquesa a cultivar frambuesas y ruibarbos, y de un jardinero también anciano que llevaba allí más tiempo del que nadie podía recordar.

Marina oyó que un coche se acercaba por el camino de grava y corrió a la ventana de la planta baja. Miró por el cristal y vio detenerse frente al hotel, como una mula agotada, un viejo y sucio Morris



Minor repleto de lienzos y trapos manchados de pintura. La emoción le aceleró el corazón, y se echó un rápido vistazo en el espejo del descansillo. A sus cincuenta y pocos años, se hallaba en el cénit de su belleza, como si el tiempo hubiera pasado de puntillas por su cara, sin dejar apenas huella. El espeso cabello castaño como la miel le caía sobre los hombros en ondas, y sus ojos, atrayentes y algo hundidos, tenían el color del cuarzo gris. Menuda, de osamenta pequeña y cintura estrecha, era pese a todo curvilínea, con anchas caderas y pecho generoso. Se alisó el vestido, se ahuecó el pelo y confió en causar buena impresión.

—Marina, cariño, parece que ha llegado tu primer candidato a artista residente —exclamó su marido, Grey Turner, mirando por el cristal y echándose a reír cuando un señor mayor salió al camino, vestido con un largo abrigo recamado y mallas negras. Las grandes hebillas de latón que decoraban sus zapatos arañados relucían débilmente al sol de la primavera.

—¡Por Dios, pero si es el capitán Garfio! —comentó Clementine, la hija de veintitrés años de Grey, al reunirse con él junto a la ventana. Arrugó la nariz con desdén—. No me explico por qué Submarino se empeña en que un pintor viva aquí de gorrón todos los veranos. Es muy pretencioso tener un artista residente.

Grey hizo caso omiso del ofensivo apodo que sus hijos habían acuñado para referirse a su madrastra.

—Marina tiene buen olfato para los negocios —dijo mansamente—. Paul Lockwood tuvo un gran éxito el año pasado, a nuestros huéspedes les encantó. Es natural que quiera repetirlo.

—¡Puede que cambie de idea cuando vea a este viejo lobo de mar!

—¿Crees que tendrá un loro guardado entre ese montón de equipaje? —añadió Grey mientras veía cómo el viejo se acercaba con paso rígido al maletero y sacaba un maletín raído.

—Creo que no hay duda, papá. Y también un barco atracado en el muelle. Pero al menos no tiene un gancho en lugar de mano.

—A Marina le va a parecer encantador. Le chiflan los excéntricos.

—¿Crees que por eso se casó contigo?

Grey se irguió y se metió las manos en los bolsillos. Era muy alto, con el pelo rizado y tirando a gris y una cara alargada y delicada. Miró a su hija y sacudió la cabeza.

—No olvides que llevas mis genes, Clemmie. Si yo soy excéntrico, es muy probable que hayas heredado el mismo defecto.

—Yo no lo consideraría un defecto, papá. No hay nada más aburrido que la gente normal. Aunque, ¡ojo! —añadió mientras el pintor cerraba el maletero—, hasta de lo bueno acaba uno por cansarse.

—¡Ya está aquí! ¡Qué emoción! —Marina se reunió con su marido y su hijastra junto a la ventana.

Clementine sintió una leve oleada de placer cuando advirtió cómo se desinflaba el entusiasmo de su madrastra al ver al primer candidato, que caminaba bamboleándose hacia la entrada con su carpeta metida bajo la manga apollillada del abrigo.

—¡Dios mío! —exclamó Marina levantando las manos—. ¿Qué voy a hacer?

—Ya es demasiado tarde, cariño. Más vale que le dejes entrar o puede que saque su espada.

Marina dirigió a su marido una mirada implorante y desesperada, pero él negó con la cabeza y se rió de ella cariñosamente, hundiendo más aún las manos en los bolsillos de sus pantalones de pana.

—Esto es tu proyecto. Sé lo mucho que odias que me entrometa.

—¿Por qué no lo entrevistamos juntos? —Intentó persuadirlo con una sonrisa.

—Nada de eso, cariño. Es todo tuyo.

—Eres un hombre muy, muy perverso, Grey Turner —repuso ella, pero las comisuras de sus labios esbozaron una sonrisa cuando ocupó su lugar en medio del vestíbulo, junto a la mesa redonda y el exuberante ramo de flores, mientras Shane Black, el portero, ayudaba a entrar al viejo con su maletín.

Sin hacer caso de las caras divertidas congregadas junto a la ventana (Jennifer, una de las recepcionistas, y Heather, una camarera, habían encontrado una excusa para entrar en el vestíbulo), Marina sonrió calurosamente a su primer candidato al tiempo que le tendía la mano. La de él era áspera y encallecida, con las uñas manchadas de

pintura ya vieja. Estrechó con firmeza la de Marina. Pareció quedarse sin habla mientras sus ojos la devoraban con la delectación de un hombre que hubiera pasado largos meses en el mar.

—Cuánto me alegra que haya venido, señor Bascobalena. Vamos a mi despacho, allí podemos tomar un café y charlar un rato. Aunque tal vez prefiera té.

—O un barril de ron —le susurró Clementine a su padre.

El señor Bascobalena se aclaró la voz y tragó saliva.

—Café solo, sin azúcar. Y, por favor, llámeme Balthazar.

Su profunda voz de barítono sorprendió a Marina, que dio un respingo y retiró la mano. Vio por el rabillo del ojo que su hijastra se reía con disimulo y levantó la barbilla con aire desafiante.

—Shane, ocúpate de que Heather le traiga enseguida café solo al señor Bascobalena y un capuchino para mí.

—Entendido, señora Turner —contestó Shane sofocando la risa.

Cogió el maletín y los siguió por el vestíbulo y a través del salón, donde varios grupos de huéspedes se habían sentado a leer los periódicos. Entraron en la bonita sala de estar verde más allá de la cual el despacho de Marina daba al Jardín de los Niños, al acueducto que lo circundaba, y al mar. Marina indicó a Shane que dejara el maletín sobre la mesa baja y lo miró salir de la habitación y cerrar la puerta.

Invitó a Balthazar a sentarse en el sofá y torció el gesto cuando sus sucias ropas tocaron la tapicería de felpilla verde clara. Se dejó caer en la butaca y volvió la cara hacia la ventana abierta por la que entraba la brisa del mar, cuyo aliento perfumaba con un dulce olor a hierba cortada y a ozono. Oyó el fragor lejano del océano y el grito quejumbroso de las gaviotas que giraban al viento, y el anhelo de estar en la playa, con los pies metidos en el agua y el pelo agitado por la brisa, le produjo una punzada en el corazón. De mala gana procuró concentrarse de nuevo en el asunto que la ocupaba. Sabía ya que Balthazar Bascobalena no pasaría el verano en Polzanze, pero debía hacerle la entrevista protocolaria por simple cuestión de cortesía.

—Tiene un apellido maravilloso: Bascobalena. Suena a español.

Era consciente de que la miraba fijamente como si fuera la primera vez que veía una mujer. A pesar de que la ventana estaba abierta, el

mal olor del hombre comenzaba a saturar la habitación. Deseó que Heather se diera prisa con los cafés, pero dedujo que Shane se habría entretenido en el vestíbulo hablando del visitante con el resto del personal, y confió en que ninguno de sus huéspedes lo hubiera visto entrar.

—Puede que en la historia de mi familia haya algún español, pero somos gente de Devon de pura cepa, y estamos orgullosos de ello.

Marina levantó las cejas, dubitativa. Bascobalena tenía la piel atezada y los ojos de un español. Sus dientes, cuando los mostraba, se veían marrones y podridos como los de un marinero con escorbuto.

—Y «Balthazar»... Se llama como una héroe de novela.

—Mi madre tenía mucha imaginación.

—¿También era pintora?

—No, pero era una soñadora. Que Dios la tenga en su gloria.

—Bueno, dígame, Balthazar, ¿qué es lo que pinta?

—Barcos —contestó, y se inclinó hacia delante para abrir su maletín.

—Barcos —repitió, intentando insuflar un poco de entusiasmo a su voz—. Qué interesante. Aunque no me sorprende —añadió con humor.

El señor Bascobalena no pareció comprender que se refería a su atuendo de pirata.

—Bueno, me fascinan los barcos desde que era un renacuajo.

—¿Se crió en el mar?

—Oh, sí, igual que mi padre y que mi abuelo antes que él. —Se distrajo mirando un par de cuadros que colgaban de la pared—. Esos paisajes son buenos. ¿Es usted coleccionista, señora Turner?

—Por desgracia no. Tampoco pinto. Pero admiro a las personas como usted, que sí lo hacen. Bien, veamos algunos de sus trabajos.

Bascobalena sacó un boceto de un barco de pesca en medio de un mar tempestuoso. Marina se olvidó por un momento de su olor y de su ropa extravagante y miró incrédula el dibujo que tenía ante ella.

—Es precioso —dijo con voz ahogada, deslizándose hasta el borde de la butaca—. Tiene usted un don.

—Mire éste, entonces. —Sacó otro, cada vez más entusiasmado.

El encanto melancólico de su obra asombró a Marina. Dibujaba barcos de todas clases: desde flotas de navíos isabelinos a barcasas y yates modernos. Algunos los dibujaba con el mar en calma, al amanecer y otros en alta mar a la luz de la luna, pero todos ellos parecían impregnados de aquella misma conmovedora melancolía.

—Pinto también al óleo, pero los cuadros son demasiado grandes para traerlos. Puede venir a verlos si quiere. Vivo cerca de Salcombe.

—Gracias. Estoy segura de que son tan maravillosos como sus dibujos. —Lo miró con sinceridad—. Tiene un talento extraordinario.

—Si supiera pintar retratos, la pintaría a usted.

Marina hizo caso omiso de su mirada lasciva.

—¿No pinta retratos? —Se fingió decepcionada.

—Qué va. —Se pasó una mano por el ralo cabello gris, que le llegaba hasta las charreteras doradas de las hombreras—. Nunca los he pintado. No me salen bien. Haga lo que haga, siempre parecen monos.

—Es una lástima. Verá, Balthazar, necesito que mi pintor residente enseñe a mis huéspedes a pintar todo tipo de cosas. No sólo barcos y monos. Lo siento.

En el instante en que Balthazar hundía los hombros abatido, apareció Heather llevando en una bandeja una cafetera de plata y un capuchino. Marina le lanzó una mirada furiosa por haber tardado tanto, y la chica se sonrojó un poco al dejar la bandeja sobre la mesa. Marina confió en que su visitante se marchara enseguida, pero Bascobalena fijó sus ojillos ávidos en las galletas de jengibre y de pronto pareció animarse. Le sirvió de mala gana una taza de café, le ofreció las galletas y vio cómo volvía a hundirse en su sofá.

Clementine subió a su Mini Cooper rojo y condujo por las tortuosas y estrechas carreteras que llevaban al pueblo de Dawcomb-Devlish. Los campos afelpados ondulaban formando un mosaico de tonalidades verdes bajo un cielo azul claro. Los vencejos se lanzaban en picado y las gaviotas volaban en círculo, y de vez en cuando Clementine vislumbraba el azul chispeante del océano rizándose suavemente has-

ta evaporarse como una neblina en el horizonte. Y sin embargo, a pesar de tanta belleza, el corazón de la joven era un nudo de resentimiento.

Mientras miraba tristemente el asfalto gris, pensó en la suerte que le había tocado. Deseó estar de nuevo viajando por la India, disfrutando de la libertad que merecían tres años de estudios y un respetable título universitario, en lugar de hacer cada mañana el trayecto hasta Dawcomb-Devlish para dejarse la piel trabajando como secretaria del insoportablemente anodino señor Atwood y de su soporífera agencia inmobiliaria de la calle Mayor.

Se había quedado de piedra cuando su padre había declarado que ya no disponía de dinero para seguir sufragando su molicie. Había confiado en posponer al menos un año más el momento de ponerse a trabajar. Su padre le había ofrecido trabajo en el hotel, como a Jake, que gracias a su tesón había llegado a encargado, pero ella prefería la muerte antes que tener que llamar «jefa» a su madrastra. Así pues, su padre le había buscado un empleo de seis meses, mientras Polly, la secretaria del señor Atwood, estaba de baja maternal. Sería un milagro que durara seis meses, no sólo porque apenas sabía mecanografiar, sino porque era muy desordenada y dependía de Sylvia, la secretaria del socio del señor Atwood, para que le hiciera casi todo el trabajo. Era consciente de que el señor Atwood se hallaba casi al límite de su paciencia, pero como estaba en deuda con su padre por mandarle clientes, era poco lo que podía hacer.

Estar en Devon era un aburrimiento. Si su madre no hubiera tenido que vender su casa de Londres y trasladarse a Escocia, habría encontrado un trabajo mucho más glamuroso en Chelsea y pasaría todas las noches con sus amigos en Boujjs. Pero debido a las circunstancias se hallaba en Devon, un lugar que detestaba por culpa de las muchas vacaciones de verano que había tenido que pasar allí, viéndose arrastrada a playas heladas, donde, mientras su hermano y su padre buscaban cangrejos, ella tiritaba sobre las rocas. Marina solía preparar opíparos picnics y la llevaba playa arriba y playa abajo buscando conchas, pero Clementine siempre se negaba a darle la mano. Era un pequeño gesto de desafío. Siempre se había sentido apocada al lado de aquella

hermosa criatura que le había robado el corazón a su padre. Era muy consciente de cómo se le iluminaban a él los ojos cuando la miraba, como si estuviera viendo a un ángel, y cómo se apagaba aquella luz cuando la miraba a ella como si fuera un estorbo. No dudaba de su amor, pero sencillamente, su padre quería más a Marina.

Al acercarse al pueblo, reparó en un objeto negro que había en medio de la carretera. Al principio pensó que era una bota vieja y aflojó la marcha. Pero al aproximarse vio que era un erizo que cruzaba parsimoniosamente el asfalto. Miró por el retrovisor y, al ver que detrás de ella venían varios coches, comprendió que si no paraba, el erizo acabaría sin duda aplastado. El peligro que corría el animal la sacó de su ensimismamiento, frenó de repente, abrió la puerta del coche y corrió en su ayuda. El hombre del coche de atrás pitó, enfadado. Sin hacer caso, Clementine se agachó para apartar al erizo. El problema era que pinchaba mucho y estaba lleno de pulgas. Pensó rápidamente, vio que un par de coches avanzaban hacia ella y se quitó los zapatos. Con mucho cuidado, levantó al erizo del suelo dentro de un zapato y lo depositó en la cuneta de hierba. Fue un placer verlo meterse entre los arbustos y desaparecer. Cuando volvió a montar en su coche había un pequeño atasco detrás y otro delante. Dio las gracias al pasar agitando la mano y lanzó una sonrisa a los conductores que la miraban con mala cara.

Cuando irrumpió en la oficina mascullando una disculpa, eran bien pasadas las diez. Sylvia Helvin, una pelirroja bulliciosa y divorciada, dueña de unos grandes pechos que apenas conseguía refrenar bajo un ajustado jersey verde de cuello de pico y un pañuelo de seda, tapó con la mano el receptor del teléfono y sonrió de oreja a oreja.

—No te preocupes, encanto, esta mañana están los dos fuera, en una reunión. Tenemos la oficina para nosotras solas. Sé buena y tráeme un café con leche. —Levantó sus garras pintadas de rojo y emitió una risa gutural, dirigiéndose al teléfono—. Pero qué malo eres, Freddie, eres malísimo. Más vale que te portes bien o tendré que volver a darte unos azotes.

Clementine se marchó a Black Bean, la cafetería. Cuando regresó, Sylvia seguía hablando con el teléfono sujeto entre la barbilla y el

hombro y se estaba limando las uñas. Clementine le puso delante el vaso de papel y dejó caer su bolso al suelo.

—¿Una mala mañana? —preguntó Sylvia al colgar.

—Submarino está entrevistando a pintores.

—Ah, el pintor residente. Qué pijo.

—Qué va. No es pijo en absoluto. Es pretencioso.

—¿Qué más da, si es guapo?

—¿Guapo? Ojalá. Deberías haber visto al pirata que se presentó al amanecer. Viejo, maloliente y evidentemente chiflado. Sólo le faltaba el barco.

Sylvia bebió un sorbo de su café con precaución para no estropearse el carmín.

—¿Sabes?, o es muy valiente o muy tonta por invitar a su casa a un perfecto desconocido.

—No es su casa, es un hotel. De todos modos en eso consiste el negocio: perfectos desconocidos entrando y saliendo todo el santo día, cada día de la semana. ¡Un horror!

—No, lo decía por los robos. Han empezado a llamarlo «Baffles, el caballero ladrón». Actúa en hoteles como el de tu padre, además de en casas grandes. ¿No has leído el periódico esta mañana?

—Yo no leo *La Gaceta de Dawcomb-Devlish*.

—Pues tú te lo pierdes. Es una auténtica mina de información local. Es un asunto la mar de raro. Robó en una mansión a las afueras de Thurlestone, se coló en la casa cuando estaban todos durmiendo y se marchó con un montón de dinero en efectivo y una obra de arte de categoría. Lo más raro es que parecía saber dónde estaba todo, como si hubiera estado en la casa y lo hubiera visto todo primero.

—¿Cómo saben que es un hombre?

Sylvia se encogió de hombros.

—Bueno, firma con el nombre de Raffles, por el personaje de ficción, y Raffles es un hombre. Por eso le han puesto de mote Baffles.\*

\* Juego de palabras intraducible entre *baffle*, «desconcertar», y Raffles «el Caballero Ladrón», personaje literario creado por E. W. Hornung a fines del siglo XIX, paradigma del ladrón de guante blanco. (*N. de la T.*)



—Se rió por la nariz—. Típico de los periodistas, ¡les está encantando! Pero escucha una cosa: no dejó ni una sola pista, excepto una notita que decía «GRACIAS» escrito con letra bonita y muy bien hecha.

—¿Estás de broma?

—¿Me tomaría yo a la ligera un asunto tan serio? —Hundió las mejillas—. No bromeo, Clemmie querida. Ese ladrón tiene buenos modales. Y pensar que hace sólo una semana robó en el hotel Palace de Thurlestone... Espero que no venga aquí.

Clementine se dejó caer en su silla, riendo.

—Bueno, la verdad es que me da igual que entre en el Polzanze y que se lleve todos los dichosos cuadros de Submarino. Me haría un favor si se la llevara también a ella como botín.

—Creo que estás siendo injusta. A mí me cae bien. Tiene mucho *glamour*.

—*Glamour* barato.

—No seas tan esnob.

—No soy esnob. Me da igual de dónde venga la gente con tal de que sea amable.

—Ella es de aquí, como yo.

—Pues no se nota. Se esfuerza tanto por hablar como una pija que casi no se le nota que tiene acento de campo. —Clementine se echó a reír—. El problema es que ha acabado teniendo un acento muy raro que no es ni una cosa ni otra. ¡A veces hasta parece extranjera!

—Eres muy dura con ella, Clemmie. Bueno, tiene ese defecto de carácter. Deberías ser más comprensiva.

—Es una pretenciosa. No me gusta la gente que finge ser lo que no es. Debería dejar de ponerse tan rimbombante.

Sylvia se volvió y la miró con enfado.

—Clementine, dices que no eres una esnob, pero hablas como si lo fueras. ¿Para qué te ha servido una educación tan pija? Para que hables como si llevaras una ciruela en la boca y te creas superior. Trabajas en la misma oficina que yo y cobras mucho menos. Tu padre bien podría haberse ahorrado el dinero que le costó tu colegio.

—No era mi intención ofenderte, Sylvia. Es mi madrastra. Es sólo que no creo que a mi padre le convenga, nada más. Podría haber encontrado a alguien mejor. Ya sabes que en Londres era un abogado con mucho éxito. ¿Qué mosca le picó para venir aquí a regentar un hotel?

—Su mujer.

—Justamente a eso me refiero. Si se hubiera quedado allí, ahora sería juez.

—A lo mejor no quería ser juez. A lo mejor lo que eligió le hace feliz. En todo caso, es imposible que tú quieras a tu madrastra. No te parecería suficiente ni aunque fuera la hija de un rey.

—Creo que quería la casa porque había sido del duque de Somerland. Se sienta en su despacho, que antes era el de la duquesa, y se siente importante. Mi padre estaba tan por encima de ella en la cadena trófica, que me sorprende que consiguiera ponerse en su punto de mira.

—A mí me parece guapísima. Sus ojos tienen algo triste y profundo.

—No tiene ningún motivo para estar triste, te lo aseguro. Ha conseguido todo lo que quería por pura manipulación.

—Pues aprende de ella y utiliza tu belleza con inteligencia.

—Yo no soy bella.

Sylvia sacudió la cabeza y le sonrió afectuosamente.

—Lo eres cuando sonrías.

Cuando el coche de Balthazar se alejó por fin petardeando por el camino de entrada al hotel, Marina lo observó con alivio. Encontró a Grey subido a una escalera en la biblioteca de la habitación de al lado, buscando un libro que prestarle al brigadier que, desde la muerte de su esposa, acaecida cinco años antes, iba todos los días al Polzanze a desayunar huevos con picatostes.

—Ay, Dios —comentó su marido—. Así que la cosa no ha ido bien.

Ella levantó las manos al cielo y suspiró teatralmente.

—No conseguía librarme de él. Ahora mi despacho huele como un albergue para indigentes y estoy a punto de entrevistar a otro candidato.

—¿Por qué no os sentáis fuera? Hace un día precioso.

—Si Elizabeth Pembridge-Hughes tiene un aspecto presentable, nos sentaremos fuera. Pero si es una chiflada, tendré que esconderla si no quiero que asuste a nuestros huéspedes. He encendido una vela perfumada, pero me temo que no será suficiente.

—Pensaba que iba a gustarte. A ti te encantan los excéntricos.

Sonrió a regañadientes.

—Los excéntricos con los dientes negros, halitosis, pelo largo y grasiento y ropa ridícula, no.

—Me sorprendes. —Grey se bajó de la escalera.

—Me gustan los excéntricos presentables. Los que huelen a lima, llevan camisetas limpias y se cepillan los dientes.

—Ah. —Su marido levantó una ceja. La besó en la frente—. Se supone que esto tiene que ser divertido, Marina. A fin de cuentas, es idea tuya. Disfrútalo.

—Pero ¿y si no encuentro a nadie que nos convenga?

—No hay por qué tener un pintor residente.

—Claro que sí. Necesitamos algo que nos haga distintos, que atraiga a la gente. No hace falta que te recuerde el problema que tenemos. Tenemos que inventar nuevas formas de atraer clientes o nos convertiremos en otra catástrofe hipotecaria. No estamos ganando dinero, Grey. De hecho, nos estamos desangrando económicamente. Piénsalo, la mitad de los huéspedes que vienen aquí en verano vienen a pintar. Las señoras de Londres han reservado una semana en junio simplemente porque quieren volver a pasárselo tan bien como el año pasado. Estoy forjando una reputación que atraerá gente año tras año.

—Entonces, si no aparece la persona indicada, habrá que seguir buscando.

Ella entrelazó los dedos.

—Clementine cree que es de mal gusto.

—Clementine es joven.

—Es una maleducada.

—No le hagas caso. Quiere hacerte enfadar.

—Pues no pienso darle ese gusto. Debería demostrarme más respeto. Soy su madrastra. —Se volvió bruscamente, alargando la palabra como si fuera una afrenta.

—¿Quieres que hable con ella?

—No. Déjala. Puede que yo no lo haya hecho muy bien.

—Lo has intentado, cariño. Sé cuánto te has esforzado y te estoy muy agradecido. Es un problema sin solución.

El aire parecía cargado de palabras demasiado dolorosas para ser pronunciadas en voz alta.

Cuando habló, la voz de Marina sonó muy queda.

—No hablemos de eso, Grey. Elizabeth como se llame llegará dentro de un momento y no quiero parecer tensa.

—Estás preciosa.

—Sólo para ti.

—¿Quién más importa?

Su semblante se relajó.

—Eres mi campeón, Grey.

—Eso siempre, amor mío.

Shane pasó junto a la puerta arrastrando los pies torpemente, fingiendo que no oía. Se limpió la narizota con el dorso de la mano y se puso en guardia al oír que un coche paraba fuera, en el camino de grava. Jennifer dejó a Rose en el mostrador de recepción y pegó la nariz a la ventana para ver cómo era la candidata.